

MENSAJE A LOS CATÓLICOS CUBANOS
Y A TODO EL PUEBLO DE CUBA CON MOTIVO
DE LA TRAGEDIA DEL REMOLCADOR 13 DE MARZO

Días después de la tragedia del 13 de julio de 1994

A todos los católicos y a todos los cubanos.

Queridos hermanos: Permítanme llamarlos así, según mi costumbre, porque, como cubanos, todos somos hermanos, miembros de esta gran familia que formamos los que vivimos en esta tierra tan amada. Hermanos somos también, por nuestra condición humana, todos los que habitamos este planeta. «Todo hombre es mi hermano», fue la frase feliz que pronunció el Papa Pablo VI para expresar esta comprometedora realidad.

Pero en estos días se ha roto una vez más entre nosotros el amor fraterno. El luto entristece a muchas familias y el dolor lo siente también la gran familia cubana.

Los acontecimientos violentos y trágicos que produjeron el naufragio de un barco donde perdieron la vida tantos hermanos nuestros son, según los relatos de los sobrevivientes, de una crudeza que apenas puede imaginarse. El hundimiento de la embarcación, que llevaba también mujeres y niños, y las dificultades del rescate de los sobrevivientes no parecen ser de ningún modo fortuitos y esto añade al dolor un sentimiento de estupor y un reclamo de esclarecimiento de los hechos y de depuración de responsabilidades.

Todos saben cuál es la posición de la Iglesia Católica con respecto a la salida de nuestra isla de grupos de personas en embarcaciones frágiles, llevando en ocasiones niños pequeños, y cuánto hemos exhortado a nuestros hermanos a no correr este riesgo. Pero la magnitud y las causas de esta tragedia le dan características diversas.

La Iglesia Católica desea expresar su cercanía espiritual a los que sufren la pérdida de sus seres queridos, ofrece su oración por las víctimas, pidiendo al Señor fortaleza y consuelo para sus familiares y llama a todos a una seria reflexión, a la cual nos vemos obligados tanto gobernantes como gobernados, creyentes como no creyentes.

¿Qué puede llevar al ser humano a lanzarse a aventuras tan riesgosas, sino un cierto grado de desesperación o de desesperanza?, ¿qué puede llevar a otros seres humanos a oponerse con fuerza inusitada a sus hermanos, sino una mentalidad violenta? Aun cuando los modos de pensar y de obrar sean diferentes, ¿no queda espacio para la cordura?, ¿seremos incapaces de tener un corazón misericordioso conociendo y viviendo todos las mismas dificultades?, ¿adónde nos puede llevar esta pendiente peligrosa de la violencia?

Hablábamos los obispos cubanos de esta amenaza en nuestro mensaje del pasado año «El amor todo lo espera» y ahora repito el mismo llamamiento que hicimos entonces. Ante los tristes relatos de los hechos ocurridos se escuchan voces airadas que mencionan el odio. Basta ya de odios estériles y destructivos, que solo engendran más violencia. ¡NO!, ese no es el camino que debe seguir la gran familia cubana para salir de su crisis actual.

Que los hechos se aclaren, que se establezca la verdad con la justicia; pero que el odio resulte perdedor. Dejémosle la palabra a Jesucristo: «Ustedes han oído que se ha dicho: ama a tu amigo y odia a tu enemigo, pero yo les digo más: amen a sus enemigos y recen por quienes los persiguen para que sean hijos del Padre Celestial, que hace salir todos los días el sol para buenos y malos y llueve sobre justos e injustos» (Mt 5, 43-45).

Amor y justicia no se oponen, pero el odio y la injusticia pueden ir de la mano.

Pedimos a Dios todopoderoso, por intercesión de la Virgen de la Caridad nuestra Patrona, que en este caso triunfen la justicia y el amor, que alivien de algún modo tantos sufrimientos.

Con mi oración por la paz y la reconciliación entre todos los cubanos, los saluda muy fraternalmente.

+Jaime Ortega Alamino
Arzobispo de La Habana